

PABLO NERUDA

San Martín, 1810

Anduvo, San Martín, tanto y de sitio en
que descarté tu traje, tus espuelas, sabía
[sitio
que alguna vez andando en los caminos
hechos para volver, en los finales
de cordillera en la pureza
de la intemperie que de ti heredamos,
nos íbamos a ver de un día a otro.

Cuesta diferenciar entre los nudos
de ceibo, entre raíces,
entre senderos señalar tu rostro,
entre los pájaros distinguir tu mirada,
encontrar en el aire tu existencia.
Eres la tierra que nos diste, un ramo
de cedrón que golpea con su aroma,
que no sabemos dónde está, de dónde
llega su olor de patria a las praderas.
Te galopamos, San Martín, salimos
amaneciendo a recorrer tu cuerpo,
respiramos hectáreas de tu sombra,
hacemos fuego sobre tu estatura.
Eres extenso entre todos los héroes.
Otros fueron de mesa en mesa,
de encrucijada en torbellino,
tu fuiste construido de confines,
y empezamos a ver tu geografía,
tu planicie final, tu territorio.
Mientras mayor el tiempo disemina
como agua eterna los terrones
del rencor, los afilados
hallazgos de la hoguera,
más terreno comprendes, más semillas
de tu tranquilidad pueblan los cerros,
más extensión das a la primavera.
El hombre que construye es luego el humo
de lo que construyó, nadie renace
de su propio brasero consumido:
de su disminución hizo existencia,
cayó cuando no tuvo más que polvo.

Tu abarcaste en la muerte más espacio.
Tu muerte fue un silencio de granero.
Pasó la vida tuya, y otras vidas,
se abrieron puertas, se elevaron muros
y la espiga salió a ser derramada.
San Martín, otros capitanes
fulguran más que tú, llevan bordados
sus pámpanos de sal fosforescente,
otros hablan aún como cascadas,
pero no hay otro como tú, vestido
de tierra y soledad, de nieve y trébol.
Te encontramos al retornar del río,
te saludamos en la forma agraria
de la Tucumania florida,
y en los caminos, a caballo
te cruzamos corriendo y levantando
tu vestidura, padre polvoriento.

Hoy el sol y la luna, el viento grande
maduran tu linaje, tu sencilla
composición: tu verdad era
verdad de tierra, arenoso amasijo,
estable como el pan, lámina fresca
de greda y cereales, pampa pura.

Y así eres otra vez luna y galope,
estación de soldados, intemperie,
por donde vamos otra vez guerreando
caminando entre pueblos y llanuras,
estableciendo tu verdad terrestre,
esparciendo tu germen espacioso,
aventando las páginas del trigo.

Así sea, y que no nos acompañe
la paz hasta que entremos
después de los combates, a tu cuerpo
y duerma la medida que tuvimos
en tu extensión de paz germinadora.

Canto General, págs. 101-102.

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA

Manuel Rodríguez salva la vida

—Escóndase Rodríguez, lo busca un Tala-
gritó una voz salida de la noche agorera.
[vera—
Siguió un rumor de pasos, se cerró una
[ventana.

Estaba abierta aún la capilla cercana
y el bravo guerrillero que andaba de pai-
se sumergió en el templo con ademán li-
[sano
[viano.

El Talavera, acaso, no había percibido al patriota valiente y siempre perseguido.

En la capilla pobre frente a un Niño-Jesús Rodríguez se postró con los brazos en cruz y con la mano, presto, se enmarañó el ca-
[bello
y de su viejo abrigo, veloz levantó el cuello.

—“Padre nuestro que estás en los cielos”,
[decía.

Un ruido se acercó por la nave vacía.
—He visto entrar a un hombre —exclamó el
[Talavera
con un gesto sombrío y la voz altanera.

—Hace horas que rezo, pero a nadie aquí
[he visto.
Casi siempre está sola esta casa de Cristo!

—Persigo al guerrillero que es de España
[enemigo
para que conozca la prisión y el castigo.

De improviso, en la sombra, emergió de
[una puerta
un sacristán anciano. El Talavera alerta
se acercó preguntando: ¿No se habrá refu-
[giado
un insurgente aquí, que vive disfrazado?

Reconoció el anciano al caudillo al mo-
[mento
y respondió al soldado con valeroso acento:
—Desde el anochecer sólo he visto a este
[hombre
un vecino cristiano, que es mi amigo; su
[nombre
es Juan de Dios Esparza y es persona sen-
[cilla
de una familia vasca que vive en Melipilla.

El Talavera fuese. Pronto vibró la voz del sacristán diciendo: ¡Por la gracia de
[Dios
que lo ha salvado, huya del pueblo don
[Manuel!
¡Puede darse por muerto si lo encuentran
[en él!

Del altar de Jesús desfallecía el brillo. En el hondo silencio la mano del caudillo estrechó la del viejo, recogió su sombrero y cerrando los ojos le dijo: Compañero, bendigo su nobleza que no sabré olvidar. Después el sacristán obscureció el altar y flotó en la capilla un suave olor a cera. Dentro estaba la paz; todo el invierno afue-
[ra.
Soplaba un fuerte viento. Pasaba un pere-
[grino.
Era Manuel Rodríguez en busca del des-
[tino.

Rostro de Chile. Págs. 85 a 88.

ROBERTO MEZA FUENTES

Un alto en el camino

I

Va sereno el caminante
por los caminos de Chile,
caminos de tierra nueva,
senderos de pueblo libre.
Va sereno y va cantando
y una sombra lo persigue.
Va cantando por los campos
vírgenes que lo bendicen.
La tarde viene cayendo
azul en los campos grises:
va esperando el guerrillero
que sus ensueños germinen.
Va esperando y va soñando
remotos días felices:
sus manos trazan un signo
que las estrellas reciben.

La tarde se va en silencio.
La noche nada le dice.
Por la senda de la muerte
camina Manuel Rodríguez.

II

Días de la Reconquista,
horas de angustia y de lágrimas.
surgiera Manuel Rodríguez
después de Cancha Rayada
y llevara por los campos
la diafanidad del alba
que iba alumbrando los pechos
con una nueva esperanza
y hacía de las cenizas
una inmarcesible llama
que quemaba como un sol